

la sorra, cartografia de dunes costaneres, aiguamolls, corrents litorals, qualitat del paisatge, etc., serien d'una gran utilitat a l'hora de decidir actuacions sobre una zona tan significativa a casa nostra.

Manuel de Miró Orell

AGULHON, M., ed.; CHOAY, F.; CRUBELLIER, M.; LEQUIN, Y.; RONCAYOLO, M., 1983, *Histoire de la France urbaine 4. La ville de l'âge industriel. Le cycle haussmanienne*, París, Ed. du Seuil.

La *Histoire de la France urbaine* dirigida por Georges Duby es uno de los ejemplos más significativos del creciente interés por la historia urbana en Francia. La obra —una edición de Seuil de gran calidad dirigida a un público no especializado—, pretende sintetizar los grandes rasgos de la historia de las ciudades francesas. El volumen 4 de la serie, dedicado al estudio de la ciudad de la era industrial, no se limita a coleccionar una serie dispersa de historias de ciudades; se trata más bien de ofrecer una visión de conjunto de la evolución del fenómeno urbano francés.

En esta última entrega se opta, además, por una precisa periodización que no se corresponde estrictamente con las habituales de la historia general. La etapa que se estudia —de mediados del siglo XIX hasta la última fase del desarrollo urbano iniciado en los años 50— indica, de entrada, una pretensión de especificidad en el tratamiento del fenómeno de la

urbanización, cuyos tiempos no son un simple reflejo de los de la historia política o económica. Como señala Agulhon, este volumen, a diferencia de los anteriores, no se divide en subperíodos que no convendrían «para el objeto muy global que se trata». Esta vez se plantea la cuestión de la «haussmannización» como hilo conductor que delimita toda una fase de la evolución urbana.

Marcel Roncayolo, en efecto, precisa la cronología de un gran ciclo secular de las ciudades entre 1840 y 1950, ocupándose, en primer lugar, de lo que denomina «las lógicas urbanas». Red urbana, tipos de ciudades, jerarquías y ritmos de crecimiento son considerados en función de la variable demográfica y de algunos indicadores económicos. Proceso de urbanización y proceso de industrialización no se relacionan de manera mecánica: «La ciudad es en Francia una estructura de duración y fuerza muy superiores a las de la industria». La red urbana heredada del Antiguo Régimen no es alterada por la industrialización de forma tan profunda ni tan brusca como a menudo se piensa; las estructuras muestran una inercia que no debe ser menospreciada.

En un segundo capítulo, el mismo Roncayolo traslada la atención de la red urbana a la de la ciudad en su singularidad espacial: «La producción de la ciudad». El «ciclo haussmannismo» es analizado, en primer lugar, en sus condiciones: los tiempos y ritmos de la construcción urbana. El gran impulso inmobiliario alcanza hacia los años 80 su máxima cota para descender posteriormente y llegar a su más profunda atonía en el

período de entreguerras. Pero la «haussmannización» supone también un encuentro entre concepciones urbanas del siglo XVIII lentamente renovadas (higiene y circulación articuladas en la cuestión de la centralidad). Los principios de este «sistema» que queda expresado en los trabajos de Haussmann sobre París residirían en la movilidad —la calle domina sobre la edificación— y en los nuevos criterios de intervención pública y privada —papel relevante del estado, los municipios y, sobre todo, de las sociedades inmobiliarias.

Al margen, sin embargo, de las áreas centrales de los «grandes travaux», existe un crecimiento «no controlado» dominado por la gestión atomizada del pequeño operador privado. Tal forma de crecimiento pone al descubierto a finales de siglo los límites del modelo haussmanniano. La cuestión de la vivienda, señaladamente, dejará de ser marginal a tal dispositivo globalizador. La idea de ordenar racionalmente el territorio urbano y suburbano dando un papel protagonista a la vivienda se impondrá en el período de entreguerras. No se tratará tanto de buscar la cohesión desde el centro de la ciudad sino desde sus desarrollos descentralizados. A pesar de ello, las nuevas tentativas urbanísticas no alcanzarán resultados decisivos debido a la particular situación histórica: «Al final la coyuntura inmobiliaria es, por lo menos, tan eficaz como los proyectos de los urbanistas».

No obstante, las concepciones de la ciudad conservan un cierto valor y merecen ser estudiadas por sí mismas. En este sentido, Françoise Choay estudia las doc-

trinas y teorías arquitectónico-urbanísticas, que, dominadas durante la segunda mitad del siglo XIX por el «urbanismo de la regularización» de Haussmann, dan paso en nuestro siglo a una doble línea de pensamiento: por un lado, un urbanismo de funcionarios, continuación en cierta forma del urbanismo de la regularización y que tendría sus mayores exponentes en la escuela francesa de urbanismo y en el «urbanismo culturalista» de Poëte y Bardet. Por otro, un «urbanismo progresista», más utópico que real, situado en la línea que va de Tony Garnier a Le Corbusier, cuyos desarrollos corren paralelos a las esperanzas y los fracasos del Movimiento Moderno en arquitectura.

Yves Lequin inaugura los capítulos dedicados a la historia social de las ciudades francesas. En un primer apartado analiza los cambios demográficos fundamentales (transición demográfica del cambio de siglo, papel primordial de las inmigraciones como sostenedoras del crecimiento poblacional), para pasar después a un estudio más detallado del cuadro material en el que se desenvuelve la población. Sobre la base de los grandes movimientos de la construcción y del crecimiento urbano, señalados por Roncayolo, Lequin se aproxima más a las ciudades concretas, a sus condiciones de habitabilidad, a sus viviendas, para acabar remarcando el proceso de degradación del marco urbano durante el primer tercio de nuestro siglo.

Con un esquema que fundamenta la estructuración de la sociedad urbana en clases, Lequin considera a continuación la evolución histórica de tres grandes agre-

gados sociales: los «patricios urbanos», los trabajadores manuales y las clases medias. Evolución no lineal en su cronología: del papel protagonista de los grandes notables del siglo XIX en los asuntos urbanos se pasaría, en el siglo XX, a un abandono progresivo de las cuestiones locales; de la mísera condición obrera del siglo pasado se accedería a la situación de «precariedad» del obrero masa del siglo XX. Lequin remarca finalmente con agudeza el papel cada vez más importante de ese confuso agregado de clases medias, formado por comerciantes, empleados, funcionarios, etc., que adquirirá una relevancia incuestionable en las esperanzas de movilidad social de la sociedad urbana del siglo actual.

Sobre temas en parte similares, Maurice Crubellier estudia las culturas urbanas, los procesos de culturización y desculturización de los nuevos ciudadanos. Resistencias de las viejas solidaridades y costumbres populares de los nuevos inmigrados frente a toda una serie de instituciones y valores urbanos que van imponiéndose durante el siglo XIX: escuela, familia, fiestas urbanas, pero también monumentos, jardines y edificios públicos a los que se sumarán en el siglo XX, en relación a unas nuevas formas de sociabilidad, otro tipo de asociaciones (café, deportes, etc.), llegando a fundar una nueva cultura urbana.

Maurice Agulhon, finalmente, se ocupa de distinguir hasta qué punto ciertos hechos de la historia política francesa poseen una especificidad urbana. El análisis más relevante se centra en la evolución de los gobiernos municipales y de su

naturaleza más o menos participativa así como de su cambiante signo político. Las ciudades serían de este modo actores y reflejo a un tiempo de las evoluciones políticas del régimen.

Se trata, en suma, de ofrecer una visión totalizadora o «global» de la historia de la ciudad de la era industrial. El interés de la obra reside, en gran medida, en la novedad del intento. Frente a la mayor parte de la historiografía urbana centrada en aspectos parciales, ya sean económicos, sociales o estrictamente espaciales, aquí se intentan reunir todas las posibles dimensiones de lo urbano: de la ciudad en sí misma, pero también de los ciudadanos.

El resultado es un valioso esfuerzo de síntesis que conlleva, como contrapartida, ciertos riesgos ineludibles: por un lado, la voluntad de buscar lo común a todas las ciudades francesas de la época lleva a privilegiar en exceso los ejemplos más estudiados —París, Lyon, Marsella, Lille...— dejando de lado a menudo la pequeña ciudad de provincia o cierta red urbana que permanece más o menos adormecida. Por ese camino se llega a olvidar una de las posibles enseñanzas de lo que para algunos, como el propio Agulhon, sería uno de los méritos de la historia urbana: el de aportar (a los estudios de historia social) «la complejidad de visión inherente a la perspectiva geográfica (pues, al final, lo urbano es sobre todo una categoría geográfica)». Una visión donde la historia urbana y la historia regional o la local, entendida en un sentido amplio, confluyen y se enriquecen mutuamente. Pero, a la inversa, la consideración de todas las posibles histo-

rias temáticas sobre la ciudad, el análisis de «todo lo relacionado con lo urbano», adolece a menudo de un exceso de exhaustividad en detrimento de la necesaria articulación de las partes, y el producto final corre así el peligro de convertirse en una suma poco coherente de aproximaciones diversas. La tentativa de estudiar la evolución del fenómeno urbano en sí misma plantea en el fondo la cuestión de la especificidad de la historia urbana con relación a la historia general. Como reconoce el propio Agulhon, tal especificidad reside únicamente en el análisis de «las formas urbanas en sí mismas».

Es difícil, en efecto, pensar que la historia urbana pueda emprender en un futuro la magna empresa de cierta historiografía francesa, de construir una historia total de la sociedad urbana, pues la misma historia de las ciudades no es separable de la historia general de la sociedad. Parecería más interesante, en cambio, encaminarse por senderos más acotados. No es casual que alguna de las aproximaciones más sugerentes —y las que en definitiva dan consistencia al período histórico considerado—, sean las de los dos primeros capítulos de Roncayolo, un geógrafo con formación de historiador. Quizás la historia urbana debería privilegiar más el análisis «a ras de suelo», el estudio de lo urbano enraizado en las realidades espaciales, pues, al fin y al cabo, no es sino un tipo de historia geográfica, una historia «de las diferencias» (Roncayolo), donde tan importantes como las características comunes a las ciudades —y, en definitiva, a lo que las diferencia de lo rural— son las distintas

variedades de ciudades dentro de la red urbana o de los distintos espacios urbanos dentro de cada ciudad. Una línea de trabajo en el sentido de investigar las relaciones entre la sociedad y el medio en el que se inscribe.

No tanto una historia global de una sociedad urbana, cada vez más difícil de diferenciar de la sociedad en general, sino un particular interés por las cambiantes relaciones del hombre con su espacio geográfico y su entorno cotidiano. Un campo —todo hay que decirlo— donde a pesar de una ya larga tradición de los estudios geográficos y de otras disciplinas afines —urbanismo, arquitectura— todavía no se observan resultados concluyentes.

*F.J. Monclús, J.L. Oyón*

**PATERSON, J.L.**, 1984, *David Harvey's Geography*, Londres, Croom Helm, 220 pp.; bibliog.

L'autor ens presenta el tema de la Geografia de D. Harvey durant vint anys (1961-1981) de treball evolutiu en el camp de la investigació geogràfica, fent referència als postulats filosòfics, científics i històrics pels que ha travessat la seva trajectòria teòrica i empírica relativa a l'objete i límits de la disciplina.

El llibre s'estructura en cinc capítols que desglossen l'evolució del marc conceptual en l'adopció, en una primera etapa, del mètode lògic-deductiu neopop-